

## ARTÍCULOS SOBRE EL DIEGO

**Aquí van algunos artículos más para los más apasionados del genio de nuestro querido Diego; artículos que no se encuentran en mi libro. (Siempre, por falta de espacio).**

**Espero que les guste.**

### El nombre inolvidable

Demás está decir que todo el mundo sabe quién es o quién fue Diego Armando Maradona y nadie podría confundirlo con otra persona, aunque sí es posible que se diera el caso a la inversa, que otra persona sea confundida con él.

Lo cierto es que Diego Maradona es alguien que irremediablemente va a estar en el corazón y el recuerdo de la gente por mucho, muchísimo tiempo. No va a ser fácil olvidarse “del más grande de todos” pues no se ha dado todavía el caso de que el nombre de Diego quede bajo la barra de la represión de nadie, y, menos aún, el de Maradona.

Hasta ahora, por lo menos, no se sabe de alguien que haya tenido a Diego, como se dice, “en la punta de la lengua” y, visualizando mentalmente su famoso rostro y su pequeño cuerpo no se haya acordado de cómo se llamaba, de cómo era su nombre. Y no es raro que esto ocurra. En realidad es casi impensable que esto ocurra. Es increíble, pero es cierto: nadie olvida cómo se llama Maradona. ¿Por qué? Pues bien, ¿será que el nombre del ídolo vuelve a ser aquí el verdadero protagonista y responsable absoluto de que el inconsciente cifre “Maradona” como un ser realmente... *inolvidable?*

Es más, al contrario; no es creíble que alguien se olvide de su nombre y puede ocurrir que si dice: “¿cómo se llama este jugador que no me acuerdo?” -refiriéndose “al diez”- quede como si estuviera diciéndolo con ironía o burlándose de él, pues con esa pregunta también se esta desconociendo quién es. Es como si se dijera de él... y vos, ¿quién sos? ¿Quién te conoce? Cuando el mundo entero lo conoce y no puede dejar de conocerlo y menos aún de olvidarse de él.

Es el mismo lenguaje (con todas las implicancias significantes, simbólicas, semánticas y fantasmáticas en relación al inconsciente, que hemos visto y estudiado anteriormente) el que claramente se ha encargado de tatuar a fuego su nombre en nuestra memoria. De allí su imposibilidad de ser desconocido. De allí su resistencia a ser olvidado.

**¡Por Dios!**

Es la lengua la que en este caso elabora la cadena significante Diego–Diez–Dios y el hincha, el que en todas partes del mundo, atrapado en cuerpo y alma por sus inquebrantables eslabones lingüísticos, sostiene con un fervor casi místico la perfección y la grandeza de Maradona.

La asociación semántica entre “Diego” y “Diez” es evidente, popular; podemos apreciarla muy bien en castellano, especialmente en la clásica expresión del billete “dame un diego”, que quiere decir obviamente “dame un diez”; y también la que existe entre “Diez” y “Dios”, la que se ve más claramente en francés (*Dix* es “Diez”) con esa tradicional interjección ¡*Pardieu!* (*Par* “por” y *Dieu* “Dios”), con el equivalente en castellano ¡Pardiez!, cuyo significado podría traducir aquí, intuitivamente, cualquier fanático de Maradona: ¡Por DIOS!

Por otro lado, jugando un poco y parodiando aquello de que Joshua inventó a DIOS y luego se creyó Cristo, “El ungido”, podríamos decir que el hincha inventó a DIOS y luego Diego se creyó Maradona. El alcance lingüístico que se desprende del nombre de Diego pareciera por momentos no tener límites, o tal vez el límite, por las razones expuestas en la obra precedente, lo encontramos siempre desembocando en el mismo nombre de la divinidad: Jehová, “Ieohva” o “Dieghova” -como diría algún fanático, extremadamente religioso- son un ejemplo de ello.

## ¿Es su mano la de Dios?

Que “su mano es la de Dios”, ¿es falso o verdadero? Solo para él es verdadero el enunciado, para el resto de la gente es falso. Este decir irracional hubiese sido delirante si Diego no hubiese contado con el talento y con la brillante carrera profesional que tuvo en el mundo del fútbol, y terminara por allí, por ejemplo, por decir algo loco, curando a la gente con imposición de manos.

Si la mano que obtuvo de Dios es milagrosa y hace que los sueños se conviertan en realidad, -pues en él funcionó- también podría tener poder para curar a las personas, ¿o no? Al menos tuvo el poder suficiente para hacer de su mano (la mano del hombre) “la mano de Dios”.

## Mano a mano conmigo mismo

En una sección de su famoso programa de televisión “La Noche del Diez”, Diego aparece sentado en una mesa redonda dialogando cara a cara con él mismo, recordando o repasando algunos momentos importantes de su vida. En un momento dado, Diego le pregunta a Maradona, en tono reflexivo: ¿Qué pondrías en tu lápida? ¿A quién agradecerías? Entonces Maradona piensa un poco y responde: A la pelota. ¡Si, le daría gracias a la pelota!

Una vez más encontramos “al diez” dividido en mitad mortal y mitad divino. El colmo del discurso yoico representado ante las cámaras para el propio deleite de un genio bifronte, tal vez en el reportaje más narcisista que pudo realizar en la televisión Argentina, dejando en claro algo que ya sabíamos muy bien: Diego es el primer admirador de Maradona. Que es lo mismo que decir: Diego se ama a sí mismo, por eso se hace un reportaje donde él se pregunta y él mismo se responde, fraccionando su mitad de fans y admirador con su mitad de ídolo y de dios, en el encuentro más esperado por él mismo.

Es verdad; gracias a la pelota él se encuentra allí charlando frente al espejo, respondiéndose preguntas que sólo él y nadie más podría preguntarse y responderse. Es cierto, la deuda que

contrajo con la pelota se verá reflejada en la lápida de su tumba: pues todos moriremos por lo mismo que hemos luchado y vivido.

## La ventaja del Diego

“Yo no saqué ventaja de la droga –dice Diego en un reportaje televisivo-, ¡jamás!”. Y agrega, totalmente convencido: “Yo di ventaja”.

Una de las razones –entre miles de ellas- por la que la gente se droga es para mejorar, pero él ya era el mejor, y drogarse era una forma de dar ventaja. Una forma de rendir *menos* frente al equipo contrario. Su declaración revela que él solito buscó igualarse a los otros mortales jugadores y equiparar un poco esa fanática balanza que siempre pesaba para su lado. ¿Para qué? Justamente para eso: para no sacar ventaja, como dijo él, de su propio talento.

Es como si el súper jugador tomara algo que le hiciera mal físicamente solo para limitar en la cancha sus supertalentos y jugar –casi- como un jugador mas. Tal vez Diego se drogaba como una forma de castrarse en la cancha y no ser tan bueno y sobresaliente frente al resto de los jugadores. Incluso, frente al resto de sus propios compañeros. Es como si el astro rey buscara siempre su ocaso para no ser tan grande y opacar al mundo con su brillo cegador.

## Al pan pan y al Diego Diego

Hace muy poquito (exactamente el 5 de octubre del 2008) me he visto sorprendido gratamente al descubrir que nuestra teoría sobre la función del nombre de Diego había sido corroborada nada menos que... ¡por el propio Maradona!

Esto ocurrió una noche, cuando el ídolo argentino fue a un programa de televisión que conducía los domingos Andi Kustnesof, invitado con una participación especial, y dijo –casi como anticipándose a la lectura de uno de los capítulos de nuestra obra, intitulado “*La importancia de ser El Diego*”-: “El programa de hoy no se llama ‘Argentinos por su nombre’, - dice el mismo Diego en un momento de la entrevista, aludiendo al nombre del programa-, se llamará: *¡Diego por su nombre!*”; revelando con ello la importancia que tiene para él mismo, y para el resto de los admiradores que lo siguen desde que era El pelusa, su propio nombre propio.

## ¿Qué dice la pelota?

Recordemos ahora una de sus célebres frases que dijera en 1997 “La pelota dice Diego en todos lados”, y pensemos en el insospechado alcance premonitorio que ha tenido esta expresión a la luz de lo que ahora vamos a exponer.

Si la pelota es obviamente la representación simbólica de lo que podríamos decir “un mundo”, y si hay un decir que no cesa de propagarse hacia los cuatro puntos cardinales, podemos entonces, a través de esta sencilla sustitución y alterando su orden semántico, escuchar el reconocimiento que Maradona hace de esa fama descomunal que lo ha acompañado siempre y que él mismo se ha encargado de dejar implícita en esta enigmática expresión, así, con total displicencia y casi como sin darse cuenta, si traducimos: “La pelota dice Diego en todos lados” por “En todas partes del mundo se dice Diego”.

## ¿Quién es el burro?

Para Diego, “el burro” no es el chico que no estudia en la escuela, la persona que no sabe o no tiene cultura, para él *el burro* es simplemente ¡el que no puede pegarle a la pelota!

De alguna manera, el talentoso “Pelusa” logró superar con su inteligencia para el juego al “chico diez” de la escuela, al alumno perfecto que se saca siempre diez en los exámenes, pues, desde que empezó a jugar en el Cebollitas y se lo escribió en la espalda –se lo “anotó” como lo haría en la escuela la maestra o el profesor– ya no se lo sacó jamás, al punto de terminar, paradójicamente, siendo él mismo “el 10”.

## La bronca del Diego

Hay otras dos frases de Diego que por lo general suelen pasar desapercibidas –inclusive hasta para él mismo– y que dice, casi como al pasar y con total inocencia, como quien no dice nada extraordinario o, simplemente, como quien no sabe lo que dice. Una de ellas es: “La bronca es mi combustible”, y la otra: “Cuanto más bronca tengo, mejor juego”.

Para empezar, que Diego sea capaz de sublimar dentro de sus verdes dominios una fuerza tan dañina como lo es el enojo, que al brotar de sus entrañas se desmadra por su propia naturaleza destructiva, ya nos habla a las claras de un dominio *perse* más que interesante. Ahora bien, si nos detenemos un momento a pensar en estas dos frases nos daremos cuenta enseguida de la evidente contradicción que encierra en sí misma cada una de ellas. Pues, ¿cómo puede alguien transformar una energía tan oscura como es la bronca y utilizarla creativamente a favor suyo? La experiencia nos demuestra que la bronca, el enojo o la misma rabia lleva implícito una fuerza inconteniblemente destructiva que, por lo general, suele manifestarse en los actos de nuestra vida cotidiana con gran desmedida y desproporción. Por lo que, jugar mejor cuando se está tomado por un arranque de bronca o furia parece ser algo que escapa a los parámetros de toda lógica. Aunque, claro; no a la lógica Maradoneana.

Lo que hace cualquier jugador fútbol cuando descarga su enfado dentro de la cancha es lo mismo que puede hacer cualquiera de nosotros cuando nos enfurecemos y liberamos energía, potencialmente reprimida, golpeando o pateando torpemente lo primero que se nos cruza en el camino. Es un hecho: un jugador enojado o con bronca juega mal. Todos sabemos; o bien va al choque y termina expulsado por cometer foul violento o bien cuando toca la pelota se vuelve torpe, pierde precisión y la cuelga en las nubes. Pero cuando el que tiene bronca es Maradona, y la expresa dentro de la cancha sólo como él sabe hacerlo, la cosa se torna diferente, para sorpresa y admiración de todos los que no podemos hacer otra cosa con ella que descargarla agresiva y ciegamente hacia fuera, hacia el otro.

Cuando Diego reconoce que la bronca es “su combustible” nos está diciendo que es capaz de incrementar su caudal de energía y potencia física; y cuando dice que gracias a ella puede, encima, “jugar mejor”, nos está diciendo también que puede controlar los nervios, ampliar el campo de visión, agudizar la destreza y la sensibilidad para patear con más precisión que nunca; en fin, para hacer más exquisito aún el innato dominio que ya tiene sobre el balón. Esto es algo que, evidentemente, no puede hacer cualquier jugador y, por lo tanto, es otra de las tantas cosas que lo hace diferente sobre el césped.

Un ejemplo de esto pudo verse aquella vez en que Gatti lo había hecho calentar llamándolo “gordito” y Cyterszpiler, dándose cuenta de que cuanto más enojado estaba Diego mejor jugaba, lo empezó a pinchar diciéndole que no se preocupe, que en el próximo partido le haría dos goles y que allí mismo se acabaría la historia. A lo que Diego le responde: “No, Jorge, no... Dos, no; cuatro le voy a meter”. Y así fue. Cuatro le metió. Inclusive, Diego reconoce que ese partido fue increíblemente importante para él por una sencilla razón: “le respondí a Gatti *de la mejor manera*”. Y subrayamos esto último para mostrar su peculiar ductilidad para invertir esta fuerza maligna que había en su interior, y utilizarla creativamente para lograr una mejor *performance* dentro de la cancha. Esta capacidad de respuesta la obtuvo Diego –y hay que reconocerlo- gracias a su extraordinaria e incomprensible habilidad que tiene para transformar la bronca, como diría cualquiera, *en algo positivo*.

Diego sabe que su dominio sobre el césped aumenta sensiblemente con este áspero y ruidoso sentimiento que llamamos bronca, aunque en la calle pierda el control de esta rara habilidad y no pueda evitar manifestarla a través de la agresividad y los actos desmedidos. Esto es algo que le ocurre generalmente con la prensa y muchas veces con sus mismos compañeros y ex compañeros, como podría hacerlo cualquier otro jugador, o fuera del campo, cualquiera de nosotros.

Vemos aquí a todas luces que Diego es capaz de cabalgar sobre esa fuerza rebelde e intempestiva como si lo hiciera literalmente sobre el lomo de un brioso corcel. Por eso la redonda se vuelve bajo sus halados y mágicos pies, más dócil y gobernable cuando le pega “con bronca” que cuando esta emoción no habita en sus entrañas, pues él detenta esta extraña habilidad de despojar al enfado de la entropía negativa y perjudicial que le es propia, o de cambiarle la polaridad a su arrollador impulso, conteniéndolo con la articulación de vayas y límites como sólo él es capaz de hacerlo durante el vértigo del partido –como si fuera un río que aumenta su caudal pero que nunca se desborda-, hasta poseer del enojo un dominio casi absoluto, y dirigirlo luego, con refinada y sorprendente precisión, hacia los vórtices del arco que mejor le convenga.

Una vez más, lo que para todos jugadores puede ser algo nocivo y desventajoso o simplemente inapropiado para jugar bien, para “el más grande” es una verdadera fuente de inspiración, un paradigma aún indescifrado. Sólo él puede usar la bronca como combustible y, encima de ello, ¡para jugar mejor!

## El *Omphalós* de cuero

Es la resistencia que ejercen los gajos sobre el aire comprimido en el interior de la pelota la que le da consistencia a la archifamosa y siempre dulcemente recordada número cinco, y por ende, la ilusión de esfericidad. Esta compactación se da gracias al delgado cordón que mantiene a los pentágonos y hexágonos juntos y cosidos entre sí. Hay una marca visible en la superficie, un pequeño hueco, un agujero cerrado por donde calza el pico para llenar de aire a la redonda como si fuera el *omphalós* (ombligo) de un vientre femenino, pletórico de vida. Y sí, efectivamente, eso es la pelota para los millones de fanáticos en todas partes del planeta: “el ombligo del mundo”. Sin embargo, el balón puede perder su cueril homogeneidad –metafóricamente hablando- y *descoserse* en los halados pies de un eximio jugador.

Todos saben que el dicho popular “la descosió” se usa en el fútbol para decir que alguien jugó maravillosamente bien. Pero cuando el balón se *descose* –literalmente hablando- sus gajos



pentagonales y hexagonales se desprenden entre sí y la esfera, como tal, pierde su consistencia estructural y se desarma. Esta expresión futbolera que habla de la desfragmentación del balón (utilizada siempre en relación a un gran futbolista) no puede aludir aquí sino a una idea subrepticia muy precisa: después de que jugó él con la redonda -el Diego, el más grande- y “la descosió”, no se puede jugar más a la pelota, o por lo menos, no con *esa* pelota.

Es este, justamente, el sentido metafórico que se desprende tras su sentido literal: porque está el que rompe la pelota y el que “la rompe”. El primero porque es tosco y le pega con torpeza, y el segundo porque es diestro y ejerce sobre ella un dominio casi total. Por eso el jugador ideal, el que, como Diego, juega en los grandes Estadios con el alma del pibe de potrero, el que alguna vez chapoteó en una canchita de barro con improvisadas pelotas de trapo, ése, el que dijo que la pelota “no se mancha”, *la rompe* sin romperla y la ensucia sin *mancharla*.

## Los dominios del ídolo

Desde los albores de la humanidad el asunto más importante que ha venido obsesionando al hombre de todas las edades no ha sido otro que su relación al “El Dominio”. Ya desde los primeros cavernícolas, con sus improvisados palos y lanzas, peleando con sus pares por cada cosa que querían obtener hasta el hombre moderno y civilizado, con sus armas sofisticadas de última generación, todos, sin excepción alguna, han conquistado territorios y construido sus imperios por medio de la guerra, el odio y la violencia física. Digámoslo así: al hombre nunca le interesó alcanzar la paz, todas sus luchas siempre se han dirigido hacia una misma dirección: el Poder y el Dominio absolutos.

En otras épocas el hombre intentaba alcanzar estos ideales de control y sometimiento por medio de la agresividad y fuerza bruta, hoy, mediante el advenimiento de la democracia se hace solamente bajo el camuflaje de la intermediación de la política de turno y los siempre bien manipulados derechos humanos. Pero en todos los casos, el hombre siempre ha propuesto la guerra como único medio de alcanzar la paz, y la destrucción parcial o total del enemigo en función de alcanzar un único y verdadero objetivo: la supremacía sobre sus hermanos vecinos.

No hace mucho tiempo atrás, los motivos por los que se iba a la guerra eran puestos de manifiesto explícitamente, como lo hiciera Hitler con su racismo perversamente enfermo. Hoy, en cambio, los líderes de los países imperialistas ocultan deliberada y maliciosamente sus ambiciones desmedidas de poder y dominio. Su descarada mendicidad exhibe abiertamente sus verdaderas intenciones, que casi siempre son las mismas: sometimiento y esclavitud. En fin, la guerra es una locura, una locura total; pero ante todo, la guerra es una carrera contra la deshumanización a favor de la idealización del dominador en el lugar de Ídolo Absoluto.

En la antigüedad, por ejemplo, los ejércitos que triunfaban sobre otros se quedaban con el dominio de todas las posesiones que tenía su enemigo: ejércitos, reinos, riquezas, tierras, mujeres, todo. Todo pasaba a ser propiedad del que obtenía la victoria, llegando, incluso, a convertirse el derrotado –sino era muerto antes- en esclavo del vencedor. No obstante, hoy se sigue utilizando el mismo estilo aberrante de conquista y apropiación aunque de forma mucho más disimulada y sutil, la única diferencia es que hoy los vencedores se ríen de nosotros, sin vergüenza y sin piedad alguna, negando siempre lo que es claramente evidente para todos los ciudadanos: la burla y el desprecio hacia la especie humana.

Pareciera ser que en otros tiempos lo importante no era matar al enemigo sino simplemente vencerlo y conquistarlo, despojarlo de sus liderazgos; eso sí, para poder someterlo y humillarlo después –como se hace hoy claro está-, para despojarlo de todas sus riquezas conquistadas y convertirse luego en los nuevos dueños del mundo –como se hizo antes y como se hará siempre-.

Pero para los guerreros antaño, aquellos que peleaban exclusivamente por la supervivencia, la idea era demostrar siempre su superioridad frente al otro, y con ella, dejar grabada en la mente de todos los pueblos aledaños como una forma de dejar en claro quien es el amo y el señor. Ser el hombre más poderoso de la tierra significaba también ser “el dueño de todo”, una idea que llevaba implícita la creencia de que al ser dueño de la vida del otro (del esclavo) se podía ser propiamente “el dueño del otro”, o sea, el dueño de algo que era sólo patrimonio Dios: “el dueño de su alma”.

Cuando el corazón de los hombres no se conquista por el amor y la bondad como lo hizo Jesús con el mensaje de su enseñanza, aparece en escena el tirano tratando de lograrlo por medio de la fuerza y la brutalidad extremas, o lo que es más efectivo aún, a través del ejercicio sistemático del terror.

Después de acceder al poder terrenal y tener al mundo en el puño, la idea de los antiguos reyes y los soberanos era tener poder sobre la gente de su pueblo para aferrarse a la ilusión de poder ser sobre la tierra el dios de los mitos. Pero esto no es muy diferente de lo que ocurre con los actuales dirigentes y gobernantes -y en un grado mucho menor y de una forma distinta-, con los ídolos que amamos.

Después de conquistar la cancha, la pista, el cuadrilátero o el escenario de turno y tener en consecuencia el amor del mundo entero en la palma de su mano, el ídolo humano no buscará otra conquista más grande que la de apoderarse del alma de sus fieles seguidores que, al fin y al cabo, no hacen más que vivir para vitorear su nombre y aplaudir indefinidamente sus legendarias conquistas. Vitorearlo y aplaudirlo, como siempre: dueño y soberano de sus vidas.

## Con los deportistas no. Mucho menos él.

La droga es un tema muy delicado para cualquier persona, pero para un deportista es lo peor que le puede pasar. Principalmente si es de los de alta competencia. Porque en el deporte de competencia no sólo está esto del rendimiento físico y la superación de los propios límites a través del esfuerzo, el sacrificio y el talento, también está la cuestión de la ética en el juego. El llamado y tan bien ponderado, pero nunca bien aplicado, “juego limpio”.

Si un futbolista necesita recurrir a las drogas como un artilugio para poder ganar un partido ya, en ese mismo momento, no sólo perdió el partido y el sentido más estricto de lo que es una competencia sino lo más importante que hay en el deporte, que es la esencia del juego. Una utopía hoy ya casi imposible de concebir y menos aún de encontrar que es esto de: “¡que gane el mejor!”

Cuando una competencia se vuelve desleal o desapareja por la intromisión del doping en los jugadores ya no gana el mejor, en todo caso, gana el que mejor se dopa. Quizás es esto lo más ríspido que hay en esta cuestión del doping, en los torneos y competencias. No es casual que lo que se le tilde de “imperdonable” a Maradona, con respecto al tema de las drogas, sea algo muy concreto: “él es un deportista”.

Los actores, músicos, cantantes y gente relacionada con el mundo del espectáculo no sufren la persecución y la deshonra que viven los deportistas cuando se ven implicados en escándalos por drogas tanto como los deportistas. A ellos sí no se les perdona el doping positivo. Y nunca se lo perdonarán. Diego fue un deportista de alta competición. Un atleta increíble. Alguien a quien cuya actividad está relacionada con la salud y con la vida y que ha hecho de su cuerpo un templo del espíritu. Y aquí es donde radica justamente el quid de la cuestión: en el ejemplo que se supone deben dar aquellos atletas de nivel internacional que llegaron a la cúspide de la fama y de la gloria.

## El gen argentino

En “El gen argentino”, un programa de televisión conducido por Mario Pergolini, Maradona perdió la votación con otro grande del deporte argentino, Manuel Fangio, por una diferencia de 60 a 40. Una diferencia abismal para los alegatos. Es probable que no haya ganado Diego a causa del “voto bronca”, como dicen algunos, el punto es que hay muchos antimaradoneanos resentidos capaces de llamar especialmente para votar en su contra. Es la gente joven la que mayormente suele votar en estas encuestas televisivas. Son los chicos de alrededor de 12, 14 o 15 años en adelante. Jóvenes que, probablemente, no hayan visto en su vida una jugada del Diego. Y si es cierto que muchos jóvenes lo quieren y lo admiran, las nuevas generaciones crecen teniendo otros modelos de deportistas. Hoy son Messi, Tevez o Riquelme las nuevas estrellas del fútbol internacional.

No obstante ello, ¿quién recuerda hoy a Fangio? Tal vez no lo recordamos porque para la memoria colectiva Fangio fue solamente un hombre, un hombre que venció desafíos deportivos pero, principalmente, un hombre que se venció a sí mismo. En cambio, Maradona; Maradona es otra historia, otro mundo. Para decir una sola cosa, pensemos lo siguiente: ¿cómo podría “Manuel” competir mundialmente con la arrolladora fama de “el Diego” y no morir en el olvido de un simple nombre propio?